



XVI

DEJÓME aquella aventura como niño con zapatos nuevos; y tan engolosinado á *la sociedad*, que aun piqué en otras dos por el estilo, si bien un poco más serias, en las cuales me presentaron, respectivamente, el mismo estudiante que me llevó á casa de don Magín de los Trucos, y otro, su compañero, y mío también, de posada: por más señas, aquél que se llegó á la mesa disfrazado de caballero grave con frac de botón dorado.

No tomé tan á pechos estas empresas como la otra, quizá porque las circunstancias no me empujaron; pero cobré con ellas algún apego mayor que el que tenía al adorno exterior de mi persona; y pareciéndome que «en sociedad» saltaba demasiado á la vista el corte provinciano del sastre que me había vestido, atrevíme á reformar un poco mi

equipaje con prendas de más autorizada tijera; lo cual me obligó á dar un buen pellizco á mi bolsa, sobre los varios que le iba dando.

Como me vió Matica tan metido en estos trotes y con tan buena vocación, díjome un día, lamentándose de que un buen juicio como el mío se diera con tal ansia á placeres de tan mal gusto:

—Bien que una vez... ó dos, y por variar y saber de todo; pero á pasto y sin conocer otra cosa... vamos, eso no se compagina bien con sus nobles aficiones de otro género.

—Ya ve usted que persevero en ellas,—repliqué en el mismo tono medio de chanza que él empleaba conmigo.

—Sí, pero con intermitencias: sobre todo, mientras duró la campaña de los Trucos... Me lo van á echar á usted á perder, señor Sánchez.

—Pues usted no es un santo, señor Mata, ni los que me han enseñado esos caminos.

—Cierto; pero esos amigos y yo podemos andar por ellos, porque llevamos armas que le faltan á usted, y no se ofenda, recién llegado de la patriarcal inocencia de su lugar. Yo no quiero hacer de usted un santo: ¡tomáralo para mí!; pero deseo que, ya que el diablo le lleve, sea con su cuenta y razón; es decir, que no me pesa verle tan ágil y bien dis-

puesto para el mundo, sino que no sepa sacar partido de él, ya que el mundo le tira y le seduce... Vamos á ver, ¿cómo andamos de ropero?

—Pues... tal cual—respondí á tientas, ignorando los fines de la pregunta.—Ya ve usted...

—Sí, para la calle no está usted mal, y para los salones de don Magín de los Trucos; pero ¿no hay más que eso?

—Y otro poco por el estilo... Pero ¿qué pretende usted?

—Hacerle subir dos escalones.

—¡Demonio!—exclamé entre el placer y el espanto.

—Nada de etiqueta. Si la hubiera, no le llevara yo á usted allá ni fuera yo tampoco. Lo que se llama *de confianza*: toda la que puede haber á ciertas alturas. Es una dama de buen gusto que recibe en familia algunas noches á las personas de su intimidad... y á otras que no lo son. Se baila poco, á veces nada; pero se habla mucho y hasta se canta y se lee. Salones lujosos, eso sí; tal cual dama indigesta y algún que otro caballero insufrible... ¿se estremece usted? Es natural, pero mal hecho. Á mucho menos está usted obligado allí que en casa de don Magín de los Trucos. En ésta se llevaba usted las atencio-

nes... y los comentarios de todos; en la otra nadie se fijará en usted, incluso la señora, que, después de responder á la presentación que yo le haré de usted con cuatro frases de pura cortesía, le dejará dueño de andarse por donde se le antoje y de arrimarse á quien más le agrade. ¡Y si fuera usted solo el que no sabrá qué hacerse allí!... Pero muchos habrán de tercera fila en este alfeizar y en aquel rincón, ó á la sombra de los demás, retorciéndose el mostacho ó jugueteando con la leontina, sin que se les ocurra cosa mejor en toda la noche, si no es mirarse á menudo en los espejos, hacer cuatro cabriolas si tocan á bailar, ojear á las chicas guapas y oír lo que les agrade, no dejando allí más rastro ni más huella que los pájaros en el aire... Conque nos haremos una levitilla, con otros ligerísimos accesorios...

—¡No iré!—dije resueltamente, por el sin número de razones que en un instante se me pusieron delante de los ojos.

—¡Pues hemos de ir!—insistió Matica;— porque ha de saber usted que la principal golosina de esos salones es la presencia en ellos de una parte muy considerable del estado mayor de nuestros literatos y políticos. Tendrá usted, pues, ocasión allí de verlos, de hablarlos y de oírlos, y hasta de convencerse de

que los más de ellos, mientras no *ejercen*, son tan inofensivos y sencillotes ciudadanos como usted y como yo.

Estaría escrito ó no lo estaría; pero es lo cierto que tentándome Matica por un lado, y por otro mis flaquezas y debilidades, desmoronóse aquella mi fortaleza de cuerdas reflexiones, é hizo todo como mi amigo quería; y una noche me desconocía á mí propio, reflejándome en el espejo de la salita de la posada, embutido en la intachable librea que se exige á los hombres de «buena sociedad» en una tertulia que no es «de etiqueta.» Mi cabeza estaba hecha una escarola de rizos (especialmente por el lado derecho, prescripción de la moda reinante á la sazón), y obra eran del mismo peluquero que tal me había emperejilado la cabellera después de raparme la barba hasta sacar lustre al pellejo, las descomunales guías en que terminaban, á diestro y á siniestro, mis negros y lustrosos bigotes.

Matica, envuelto en ancho gabán, las manos en los bolsillos y el sombrero puesto, se hallaba á mi lado, viendo cómo yo me calzaba los guantes de color de lila, sin dejar de mirarme al espejo y dando á menudo pataditas en la estera para acomodar los pies en las flamantes botas de charol que los opri-

mían. Haciendo estaba los últimos contoneos, puestos ya los guantes y estirados los pliegues de la levita, cuando me dijo mi amigo:

—En verdad te repito, Pedro Sánchez, que eres el más gallardo mozo que ha pisado madrileños salones, y te añado que provoca la ira de Dios quien, manejándose con la libertad y la gracia que tú debajo de las prensas de la moda, se queja todavía de timidez y apocamiento.

Hablaría el amigo con el corazón en la lengua, aunque no en justicia; pero yo sudaba de miedo y de zozobra. Púseme el sombrero, me cubrí con la capa y salimos. Las diez menos cuarto marcaba el reló del Buen Suceso cuando atravesábamos la Puerta del Sol. Qué calle tomamos ni en qué portal nos detuvimos, no he de declararlo, porque no es de necesidad, amén de que, si este relato ha de ser fiel reflejo de la pura realidad, no debo ser aquí muy minucioso en detalles de que apenas me daba cuenta en aquella ocasión. Creí observar, en la penumbra de mi razón calenturienta, desorientada, como cuando se está entre la vigilia y el sueño, que subíamos por una ancha y bien alumbrada escalera; que la puerta del primer piso se nos abría sola y sin necesidad de que llamáramos á ella; que alguien nos despojó de la ca-

pa á mí y del gabán á mi guía; que éste me condujo, casi á remolque, hacia unos cortinones, por entre los cuales se veían mucha luz y los dibujos de una alfombra y gente que se movía; que una vez dentro de *aquello* que me deslumbró por los colores y los reflejos y el rumor y el movimiento, ví señoras y caballeros en caprichoso revoltijo, unas sentadas, otros de pie; éstos hablando, aquéllas riendo; que Matica hizo unas reverencias medio maquinales, y que yo le imité con otras tantas; que pasamos á otra estancia, donde cerca de una chimenea había otros grupos y una dama entre ellos, gentil y apuesta matrona, la cual nos salió al encuentro; que mi conductor la dijo de mí yo no sé qué, y que ella, tendiéndome una mano cual no la cincelara en alabastro el mismo Miguel Angel, me dijo, descubriendo al decirlo, con una sonrisa de pecado mortal, una dentadura de tentaciones, algo que sonaba muy bien y parecía muy al caso, á lo cual respondí yo, ciego y balbuciente, una sarta de majaderías; que la dama habló algo más, y muy familiarmente, con Matica, y que éste, después que la dama nos dejó, saludó á muchas personas que parecían muy complacidas de verle allí; que en estas exploraciones del terreno, me iba yo rezagando poco á poco, y que, al fin,

volvió á cogerme el amigo por su cuenta, y me llevó á paraje donde el aire parecía más respirable, la luz menos deslumbradora y el peso de la fascinación más llevadero.

Estábamos, como quien dice, fuera de escena, aunque sin perderla de vista. Convencíme de que nadie me miraba; y como en esto se revolvió todo el concurso, porque se puso á cantar, acompañándose al piano, un galancete muy acaramelado, que se las echaba de tenor, llevóse éste los ojos y hasta las maldiciones de la tertulia en masa, y acabé yo de tranquilizarme. Limpiéme el sudor que copiosamente corría por mi faz; me arreglé el vestido á mi gusto, y por entonces me creí orientado en el terreno. Lo observó Matica y me dijo, tan pronto como el pseudo-tenor acabó su romanza y el público de aplaudírsela:

—Ya ve usted que aquí no se come á nadie, mientras no se hagan majaderías, como ese desdichado que acaba de cantar. ¡Qué cosas dirán ahora los mismos que le aplauden, de su voz, de su estampa y hasta de su desfachatez!; y él, en tanto, ¡véale usted cómo se pavonea! Se juzga más tenor que Mario y Tamberlick. Pues no faltará alguna Alboni de *double*, que dentro de un rato nos dé un nuevo disgusto por el estilo... y tan satisfecha y

ufana; y usted, que en nada se mete, porque tiene sentido común, temblando de miedo á una mirada y á una crítica que han de cebarse en otros, por ser harto merecedores de ellas.

Juzgábame yo en aquel instante completamente sereno, y así se lo dije á Matica; el cual me preguntó dándome una palmadita en el hombro:

—¿Puedo fiarme de esa serenidad?

—Respondo de ella—contesté,—mientras me halle en este sitio.

—Pues aprovechémosla antes que se pierda, para examinar el cuadro. Por de pronto, ya usted ve que aquí hay de todo, como en botica: algunas mujeres hermosas, otras que quieren aparentarlo y no lo consiguen, aunque se lo figuran; hombres de varias cataduras, más ó menos simpáticas... lo mismo que le había pronosticado á usted. No quiero hacerle una revista minuciosa de las mujeres, porque no me diga usted, al hablarle de algunas, que me complazco en arrancarle las cándidas ilusiones que acaricia sobre el sexo en general; ni tampoco de sus cómplices del otro sexo por la misma razón caritativa. Voy á lo que nos importa y por lo cual hemos venido aquí esta noche. ¿Ve usted, junto á la puerta de aquel gabinete, un hombre no muy

alto, bastante grueso, de pecho prominente, imperiosa mirada, y con un bigotazo negro que le cubre media barbilla? González Bravo, el famoso orador que tan fiera tormenta desencadenó esta tarde en el Congreso con su candente palabra.

De los dos que hablan con él, el pequeñito y enjuto, bien hecho y elegante, de frente espaciosa, acentuada nariz, ojos algo saltones, negra patilla casi unida al bigote, es Ventura de la Vega.

—¡El autor de *El hombre de mundo!*—exclamé devorándole con la vista.

—El mismo. Pues fíjese usted ahora en aquel grupo de damas en íntima y, al parecer, agradable conversación con dos caballeros. El anciano de blanca, rizada y muy poblada cabeza, altísima frente, alongada faz, á la cual sirven de adorno unas patillas tan blancas y espesas como el cabello; pulcro y atildado en el vestido, y que aún mira á las señoras como los lechuguinos de sus buenos tiempos, con lentes de oro, cuyas cinceladas cachas no suelta de su diestra, es Martínez de la Rosa. No quiero ofender la ilustración de usted ponderándole sus muchos, grandes y ya gloriosos talentos.

El que con él comparte la tarea de entrete-
ner el corrillo, hombre afable, malicioso y

risueño si los hay, que parece hablar tanto con los fruncidos ojuelos como con la boca que más bien se adivina que se ve bajo sus rubios y desmayados bigotes, Patricio Escosura, el hombre que brilla lo mismo cultivando la política, que el teatro, que la historia, que la novela. Tiene indudablemente mucho talento; pero, salvo mejor parecer, picando en tantas cosas á la vez, no le hallo verdaderamente completo en ninguna de ellas.

Repáre usted en estos dos personajes que vienen hacia nosotros en íntima conversación. El menos joven de ellos y de más modesta apariencia, pero atractivo y simpático, aunque para hermoso le falta mucho, es Rubí.

—¡El autor de *La trenza de sus cabellos!*—exclamé.

—Sí, y de *Borrascas del corazón*—añadió Matica con picaresca sorna;—pero, sobre todo, de *El arte de hacer fortuna*, una de las más lindas y mejor *cortadas* comedias del teatro moderno. No confundamos en esas otras dos el talento de la actriz que las ha popularizado, con el escaso valer de ellas. El que viene con Rubí...

Cortó aquí bruscamente su discurso Matica, porque se le llevó consigo, asiéndole por la cintura al pasar, el que venía con Rubí, mozo que ya me había llamado la atención

por lo gentil de su cabeza, que estaba pidiendo los hombros, la ropilla y los gregüescos de un poeta contemporáneo de Quevedo y Villamediana.

Quedéme, pues, solo, y volví á tener miedo, ¡mucho miedo! porque no bastaba á tranquilizarme el ver algunas estatuas de carne y hueso, como yo, en otros apartados términos del cuadro. Al fin tendría que salir á la luz; y en saliendo, era hombre perdido. Claro que allí no se comía á nadie, como decía Matica; pero eso no obstaba para que á mí me devorara una gusanera de pensamientos que me habían acometido de pronto. «Todas esas gentes»—reflexionaba yo,—«sin contar los hombres ilustres que acabo de conocer de vista, valen, tienen y servirán para algo; y estando aquí, están en su natural elemento, siquiera por su educación y trato frecuente de unos con otros; pero yo, ¡ánimas benditas!... ¡Si supiérais, elegantísimas damas y distinguidos caballeros, y, sobre todo, vosotros ilustres personajes, príncipes del talento, que este mozo tan emperejilado que os contempla desde aquí es un mísero hidalguete montañés que anda en Madrid á caza de un destinillo que le ofrecieron en su lugar; que gasta en lujos ridículos el puñado de pesetas que le echó su padre en el bolsillo para que

no se muriera de hambre en la corte mientras perseguía la limosna del destino; que ésta es la segunda vez en su vida que huellan sus pies, hechos á trepar ásperos breñales, la velluda alfombra de los salones *de tono*; que este sudorcillo que baña su rostro y este azoramiento de su mirada, son de miedo á que le pongáis en la necesidad de *hacer algo* para justificar su presencia entre vosotros, porque no sabe nada, absolutamente nada de lo que hay que hacer aquí, ni nunca las vió más gordas!...»

Felizmente nadie me conocía en aquel concurso, y si no me delataban mis propias imaginaciones... En esto, oí á mi derecha un rumorcillo, un charrasqueo, el sonar de una cosa que, sin saber por qué, cuajó la sangre en mis venas. Volví los ojos hacia allá... ¡Virgen de las Angustias! ¡cuáles no serían las mías al ver que aquello era un abanico *que entraba*; y detrás de él, Pilita; y con Pilita, Clara; y con las dos, Manolo!; y los tres me vieron, y los tres se asombraron, cada cuál á su modo; y yo no me morí entonces de repente, porque la señora de la casa, que salió á su encuentro, los distrajo; y con esta tregua me repuse un tantico. Pero no podía tener ya sosiego completo con aquellas nuevas gentes en escena; las únicas que, por sa-

ber quién yo era, tenían derecho para reirse de mí, y para hacer que me dieran una corrida en pelo los demás.

Resolví largarme cuanto antes; y discutiendo estaba el modo de hacerlo sin dar con ello un nuevo testimonio de mi agreste encogimiento, cuando volvió Matica.

—Perdone usted—me dijo,—que le haya abandonado unos instantes (¡yo los reputaba siglos!) Este doncel que me llevó consigo, es mi paisano y amigo de la infancia, Adelardo Ayala, el autor de *Un hombre de Estado* y de *Los dos Guzmanes*; todo un ingenio de la Corte del Buen Retiro, conservado de milagro desde el siglo diez y siete para honra y gloria del muy prosáico en que usted y yo vivimos.

Atrévime todavía á buscar con los ojos al insigne poeta que tanto ruido hizo después en el teatro español, y más tarde en el de la política; y sin dejar de contemplarle, cuando hube dado con él, dije á Matica con entera resolución:

—No me siento bien aquí, y voy á marcharme á casa.

—¡Qué oportunidad!—respondió el amigo.—Precisamente cuando venía á darle á usted una gran noticia... Pero, en fin, si usted no quiere oírle, váyase bendito de Dios.

—¿Oír á quién?—pregunté, con un poco de curiosidad.

—No hace un cuarto de hora que ha llegado: mírele usted.

Y me señalaba un hombre ya maduro, macizo, vulgar, tipo de mayordomo bien acomodado, y, por apéndice, tuerto.

—¿Y quién es ese señor?—torné á preguntar.

—Pues ese señor es el mismísimo Bretón de los Herreros.

—¡Ave María Purísima!—exclamé, haciéndome cruces.—Jamás me lo hubiera imaginado así.—¿Y dice usted que le vamos á oír?...

—Justamente: los que nos quedemos.

—¡Es que yo no me iré sin oírle!

—Demasiado lo sabía yo,—dijo entonces, riéndose, mi amigo.

En esto comenzó á rebullir la gente de la tertulia, por acomodarse más á su gusto cada cual; y cuantos había en gabinetes y escondrijos salieron al salón, arrastrados de la misma curiosidad. Nosotros dos salimos también, y, por lo que á mí respecta, curado en aquel instante de todo linaje de aprensiones y sobresaltos. ¡Tal ansia tenía de ver y oír de cerca al celebrado autor de *Marcelal*!

Hallábase ya éste arrimado á uno de los

candelabros que sostenía una elegante y rica consola, y cuyas luces, multiplicadas en el limpio cristal del espejo, envolvían la cabeza del poeta en una aureola que por lo resplandeciente deslumbraba. ¡Poder de la imaginación exaltada! Desde que yo sabía que aquel personaje era Bretón de los Herreros, y le ví, radiante de luz, excitando la curiosidad de tan distinguido concurso, no comprendía que se pudiera ser hombre de altísimo ingenio sin aquella faz ramplona y aquel ojo tuerto.

Nos leyó dos cantos de *La desvergüenza*, poema en el cual derramó á oleadas el ilustre dramaturgo los donaires de su musa retonzona y los primores de la lengua castellana. Jamás me he explicado la razón de que apenas sea conocida en España esta regocijadísima obra del perínclito poeta riojano. ¡Con qué ganas le aplaudí, y qué fervorosamente le admiré! Y aun dije para mí:

—Esto, entre otras ventajas, tiene la de justificar mi presencia en estos encopetados salones: me parece, remilgadas damiselas y caballeres indigestos, que bien vale el placer de oír tales estrofas, recitadas por su mismo autor, el *sacrificio* que me cuesta.

Con lo cual y el movimiento y los rumores que volvieron á notarse entre los tertuliantes apenas acabada la lectura, me sentí muy con-

fortado y animoso; tanto, que habiéndome colocado la casualidad casi en contacto con Clara, me atreví á saludarla; y ¡fuese nadie de atolondramientos! merecí la más afectuosa de las acogidas de la hija de la insufrible Pilita, que, felizmente, esgrimía su diabólico abanico en el extremo opuesto del salón, entre dos cotorronas muy emperifolladas... Y hasta hablamos un poquito de los versos leídos, y aun de las obras de Bretón; y hablando hablando tan de cerca, y yo en pleno dominio de mi serenidad, pude notar, con gusto, que la encanijada madrileña de mi lugar se iba reformando poco á poco; que sus vacíos se llenaban y que se redondeaban sus ángulos; que las curvas imperaban ya entre las líneas de su talle esbelto, y que el color de la salud iba insinuándose en su fino y transparente cutis; con todo lo cual y aquellos ojos negros, dominantes y casi feroces, se apuntaba en Clara el peligroso tipo de una singular belleza. «¡Qué ocasión!»—pensaba yo, viéndola relativamente tan afable,—«para recomendarme á la benevolencia de su papá, si no fuera ridículo y estúpido pedir una limosna, vestido de media etiqueta en unos salones como éstos!...» Y dicho está que no la hablé de tal cosa; ni ella á mí tampoco, acaso por idénticas razones. Pero, en cambio, se

trató de bailar después; y continuando yo á su lado todavía, me permití invitarla; y aceptó, y bailé con ella, eso sí, con un miedo de mil demonios á que se me conociera el estilo de la escuela de Capellanes y Paul, únicas en que yo había cursado la danza, sin contar la de los salones de don Magín de los Trucos, y otras tales, que allá se iban con aquéllas; pero creo que lo hice bastante bien, porque Clara se dejó conducir sin protesta; antes me dijo por despedida al ir á sentarse:

—Veo con gusto que se aclimata usted muy bien á los aires de la corte.

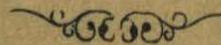
¿Por qué me lo diría? Sin duda porque me veía allí tan apuesto y campante, apenas salido de la obscuridad de mi aldea. Pero ¿se burlaba de mis vanidades aunque aparentaba cosa muy distinta? ¿Y á qué devanarme los sesos para descifrarlo en la impasible faz y en el extraño acento de aquella esfinge en miniatura? Lo importante era que con aquel feliz tanteo de fuerzas con lo más temible que había para mí en la tertulia, acabé de envalentonarme. Tanto, que después me complacía en exhibirme y en mirar á todo el mundo á la cara: hasta creo que hubiera cantado allí á tener siquiera la voz y el arte del tenor de marras, ó de Lola Quiñones, señorita anémica que cantó después unas malagueñas en falsete.

Pero Matica, que no me perdía de vista, vino á mí y se colgó de mi brazo, y leyéndome en la cara todos los pensamientos, me dijo, acompañándose con una sonrisa de todos los demonios:

—Mira, Pedro Sánchez: tan malo es pasarse como no llegar; pero en la duda y en sitios como éste, preferible es lo último. Te veo ahora como en mesa de bodas los niños cortos, luego que, merced al barullo, pierden la vergüenza: al principio no catan bocado; después, hasta meten los dedos en las natillas.

Lo cierto es que así andaba yo á la sazón, y que me vino de perlas la compañía de mi amigo, que me volvió á mi centro, y ya no se apartó de mi lado hasta que, muy á deshora y después de habérsenos servido un te, con todos los requilorios del caso, en el cual trance me porté heroicamente, despedímonos de la gran señora y nos fuimos á la calle.

Ancha era y bien solitaria estaba á aquellas horas; pero así y todo, no bastaba á contener mi vanidad. ¡Tan inflada me la puso el triunfo que yo me imaginaba haber alcanzado aquella noche!





XVII

LA curiosidad, llevada á la pasión, tiene una fuerza irresistible; y no solamente arrastra á los hombres, sino que los ciega ó los enloquece. El afán de registrar los misterios que encierra el fondo de un abismo, hace que el temerario estudie solamente los medios de bajar, y baja; pero ya en el fondo y satisfecha la curiosidad, y quizá desvanecido el encanto, hay que pensar en subir... ¿Cómo?... ¿por dónde? Y allí es el temblar de la voz y el crujir de los dientes...

Yo fuí uno de estos insensatos, dejándome arrastrar de mis vanidades, que son punto más fuertes que la curiosidad de los sabios indiscretos. Embriagóme el aura de aquellas regiones, que para mí tenían el doble encanto del esplendor y de la novedad, y sólo pensé en el modo de penetrar en ellas. Después,

muy poco después, la embriaguez fué disipándose, llegó el momento de despertar... ¡y qué despertar tan amargo! La extenuación de mi bolsillo, comenzada en teatros, librerías, bailes y cafés, y continuada en tertulias de poco más ó menos, estaba á punto de consumarse con la última pluma que adquirí para las alas que me subieron adonde no debí haber subido, puesto que maldita la falta hacía allá. Mis reservas para los trances *de apuro* estaban expirando, consumidas en vanas superfluidades; y yo en Madrid, tan desvalido y desamparado como el día en que llegué; mi padre descansando tranquilo en mi cordura, y muy cercana la hora en que... ¡Dios eterno, qué tempestad se desencadenó de pronto en mi corazón y en mi cabeza, y con qué claridad tan desesperante ví en un momento lo que mucho antes no quise examinar al columbrarlo entre la bruma de mis intemperancias! Era, pues, mi situación de las que no dan respiro ni tregua. Y la culpa de todo, bien examinados los términos del conflicto, la tenía el aparatoso personaje que con reiteradas promesas me había sacado de mi lugar, dejándome luego solo y olvidado en aquel infierno de asechanzas y malas tentaciones. Pues á ese personaje debía yo pedir inmediatamente cuentas de su incomprensible con-

ducta conmigo, aunque para llegar á él tuviera que atropellar al cancerbero que le guardaba la puerta, y todas las puertas y todos los obstáculos del camino de su oficina.

Resuelto á ponerlo por obra, salí de casa apresurado y con fiebre. Llegué; y cual si el adusto guardián me hubiera leído los propósitos en la cara, me dejó libre el paso; libre hallé también, por fortuna, la puerta del encantado aposento que buscaba. Entré. El hombre ostentoso estaba solo y leyendo unos papelotes, como la otra vez. Hícele un saludo, doblando el espinazo, y no reparó en mí, ó no me hizo caso maldito. Aguantéme á pie firme y resuelto á todo.

Tosí dos veces, y el hombre leyendo. Al fin me dijo, sin soltar los papeles:

—La impaciencia, señor Sánchez, es el peor enemigo de los necesitados.

¡La impaciencia! ¿No era esta palabra el colmo de la burla que estaba haciendo de mí aquel hombre? Á responder comenzaba, no sé qué cosas, pero de oportunidad, aunque estudiando mucho las palabras antes de emplearlas para elegir las más inofensivas, cuando me atajó con estas otras:

—Todos los pretendientes dicen ustedes lo mismo, como si aquí tuviéramos los bolsillos repletos de credenciales, sin hacerse cargo

jamás de los gravísimos que pesan sobre uno, especialmente en días tan azarosos como los que corren.

Verdaderamente había sobrado motivo para descalabrar de un tinterazo á aquel far-sante que tales cosas me decía, después de haberme sacado de mi casa brindándome con una protección que jamás había solicitado yo.

—Ruego á Vucencia—repliqué, tragando á borbotones la saliva,—y se lo ruego por el amor de Dios, que no olvide que Vucencia mismo fué quien se empeñó en que yo viniera á Madrid para recordarle de palabra la oferta que tuvo á bien hacerme espontánea y generosamente en mi pueblo. Tres meses llevo aquí, llamando casi todos los días á esa puerta, hasta por reciente encargo de Vucencia, y ésta es la segunda vez que tengo la honra de ser recibido.

—Y eso ¿es un cargo que me hace el señor Sánchez?—me preguntó el señor Valenzuela, mirándome á la cara con una sonrisilla bur-lona.

—Es una razón que me permito exponer á Vucencia—respondí, insistiendo en el tratamiento, por lo mismo que el hinchado personaje no pensaba en apeármele,—para demostrarle que todo cabe en mí, pobre mon-

tañés sin experiencia, menos el propósito de ser molesto á nadie.

—Por cierto—añadió Valenzuela entre severo y sarcástico,—que nadie le creería á usted con esa comezón de empleo, al verle matar los ocios en Madrid tan alegre y descuidado.

Lo decía, sin duda, por las noticias que le habría dado Clara de mis exhibiciones mundanas. Alentóme esta sospecha, por la cola de recuerdos que traía consigo, y respondí con entereza:

—Razón de más, señor don Augusto, para que me aguijonee el deseo de hallar lo que vine buscando. Madrid está lleno de atractivos que yo desconocía; soy joven, tengo libertad completa, me sobra todo el tiempo y no soy un santo... Póngase Vucencia en mi lugar.

Parecióme que éstas mis palabras, dichas, de propio intento, con cierta acentuación quejumbrosa, suavizaban algo las asperezas del rollizo manchego; y no me equivoqué, pues que me dijo, trocando el aire desdeñoso de su fisonomía en otro que tiraba un poco á dolorido y amargo:

—No le extrañen á usted, *amigo* Sánchez, ciertos desabrimientos que parecen inconveniencias de carácter, en hombres como yo y en determinados momentos de la vida. Todo

lo que usted alega es cierto; tan cierto como leal y sincero fué cuanto yo le dije y le prometí poco tiempo hace en la Montaña; pero los acontecimientos son más fuertes que la voluntad y los propósitos de los hombres; lo que es ahora una nubecilla tenue, dos horas más tarde llega á ser tempestad formidable sobre el horizonte; los grandes conflictos absorben la atención y las fuerzas, y borran en uno hasta el recuerdo de las cosas pequeñas, como el destino para usted; los altos intereses de la patria, amenazados por la ambición insensata de un enemigo criminal y alevoso... ¡hasta el instinto de propia conservación!... en fin, deje usted que pasen estos días de prueba, y yo le prometo que habrá para todos. Entre tanto, y para que usted no se moleste yendo y viniendo, déjeme su nombre y las señas de su casa: yo cuidaré de avisarle tan pronto como tenga algo bueno que decirle.

Que el reluciente manchego se refería en las altisonancias de su discurso á la borrasca que á la sazón reinaba en el mar de la política española, borrasca cuyos bramidos transcendían al público, harto evidente era; que al pedirme mi nombre por escrito y las señas de mi casa se proponía quitarme todo pretexto de volver á molestarle con mis visitas, también me pareció notorio... Pero, en este

caso, ¿para qué me sacó de mi lugar el grandísimo?... ¡Oh, qué heroicamente rechacé el tropel de pensamientos que por este lado me asaltaban! Temí que el exceso de razones me arrastrara á cometer allí una imprudencia que echara á perder lo poco que había ganado, y me despedí del personaje con la mayor cortesía que pude, dejándole una tarjeta, en la cual constaban todos los pormenores que él decía necesitar; y con esta tarjeta, la última esperanza de que las puertas de mis apuros se abrieran por donde me lo había hecho creer en mi lugar el repolludo y pomposo don Augusto Valenzuela.

Al llegar á mi posada, después de esta memorable entrevista, hallé sobre la mesa de mi cuarto una carta de mi padre.

El cual, entre otras cosas, me decía:

«Hijo del alma: cada día me persuado más de la buena ley del afecto que has logrado arraigar en el corazón del señor don Augusto. La misma lentitud con que camina en el asunto de tu colocación, muestra bien á las claras el deseo que tiene de ofrecerte cosa que te honre á la vez que te aproveche, pues nada le sería más fácil, si sólo de cubrir el expediente se tratara, que despacharte, en un quitame esas pajas, con un destinillo de tres al cuarto, que fuera, como el otro que dice,

pan para hoy y hambre para mañana. Persevera, pues, hijo mío, en esos tus buenos propósitos, que á menudo me manifiestas, de no mostrarte impaciente ni desconfiado con ese buen señor y su dignísima familia, á quienes tantas, tan frecuentes y tan señaladas finezas debes desde que estás ahí, según me refieres en casi todas tus cartas; finezas y atenciones que no me sorprenden, pues éste mi ojo, tan ducho en el conocimiento de los hombres, no podía engañarme cuando, no bien hubimos saludado aquí á tu excelso protector, le reputé por una gran persona, modelo de caballeros y de corazones sin hiel ni dobleces ni falsías, campechano y noblote; alma privilegiada á quien no desvanece el vértigo de las alturas...

»Procura, en fin, hijo de mi corazón, á fuerza de economía (sin que se entienda que quiero que te prives de lo necesario), ajustar tus recursos pecuniarios al rigor de las inevitables dilaciones, que nunca serán tan largas que lleguen más allá que el amparo de aquéllos; porque la Providencia divina no te sacó de esta apacible soledad para abandonararte luégo en medio de esas extrañas muchedumbres, que son la más horrible de las soledades...»

¡Ojo ducho en conocer á los hombres!...

¡Santo varón! ¡Modelo de caballeros, campechano y noblote el señor de Valenzuela!...

Esta carta, testimonio vivo de la honrada sencillez del pobre viejo autor de mis días, acabó de indignarme contra el farsante manchego que así jugaba, no ya con mi credulidad, sino con la de mi padre, en quien un desengaño como el que estaba á pique de sufrir, tras de las ilusiones que se había forjado, podía costarle hasta la vida.

Sentí que la comezón febril antes crecía que se me aplacaba, y volvíme á la calle, sin saber por qué ni para qué. En la Carrera de San Jerónimo me fijé en un caballo largo, largo y anguloso que venía de hacia el Prado, dando zancadas con las cuatro estacas que le servían de extremidades, gacho y muy estirado el cuello, empinadas las orejas y tieso, casi horizontal, el medio rabo en que terminaba por atrás aquella desgarbada máquina viviente. Desde que llegué á Madrid me llamaron mucho la atención esos cuadrúpedos desmazalados y exóticos con que el extravagante capricho de la moda sustituyó, en calles y paseos, al gallardo potro cordobés. Sobre el penco mencionado se desparrancaba un jinete no más repolludo ni lozano que él, con las zancas encogidas, el estribo engargantado, el cuerpo muy echado hacia adelante,

y el cuello y la cabeza en la misma dirección que los del caballo; no cesaba de dar culadas encima de éste, á modo de conatos de brinco, y parecióme, en su dejadez y desencuadernamiento, quebrantado y fatigoso del rudo ejercicio que traía el infeliz; el cual resultó ser, cuando le ví más de cerca, el mismísimo Manolo Valenzuela.

Estando próximos á cruzarnos en las Cuatro Calles, una joven que salió de la del Príncipe para atravesar la Carrera, se vió de pronto casi entre las aspas delanteras del bucéfalo. Aunque hubo los chillidos y sobresaltos de costumbre, y la joven cayó hecha un ovillo á media vara del animal, éste siguió inalterable la recta que llevaba, porque su jinete pareció no reparar siquiera en el percance. Entre tanto, avancé yo de un brinco hasta la joven, y la levanté del suelo. Júzguese de mi sorpresa al reconocer en ella á Carmen, por fortuna ilesa aunque muy asustada. Que se sobrecogió algo al conocerme á mí, no necesito decirlo, ni tampoco que me extrañó grandemente ver á la hija de don Serafín sola, en aquel sitio y á tales horas (empezaba á anochecer).

—¿Y Quica?—le pregunté cuando los curiosos se dispersaron y volvimos á ser Carmen y yo dos simples transeuntes.

—En la cama dos días hace, aunque no de cuidado—me respondió al punto; y aun añadió anticipándose á mis deseos de saber algo más:—y mi padre en su tarea, que no puede dejar hoy hasta las nueve de la noche. Urgía entregar la labor que llevo en este pañuelo, y me arriesgué á hacerlo yo misma. ¡De buena me he librado... gracias á usted!

—Cierto que en peores manos pudo usted haber caído—dije, creo que con doble intención;—pero á nadie más que á su ligereza debe agradecer el haber salido ilesa de tan grave peligro.

—¡Si parece castigo de Dios!... es decir, no, ¡porque si yo le dijera á usted lo urgente que me era entregar esta misma tarde la obra que llevo aquí!...

—¿Va usted muy lejos?—preguntéla, sin querer saber más.

—Ahí enfrente—me respondió.—Á ese piso donde dice, en letras doradas, *Utrilla*.

—Pues suba usted—reliqué,—que aquí la aguardo para acompañarla de vuelta á su casa.

Fuése, y volvió muy pronto. Yo la esperaba en el portal del famoso sastre.

Mientras caminábamos por la calle del Príncipe, me dijo Carmen, con los mismos escalofríos de gusto con que le manifiesta el

que se arrima al calor de la lumbre después de atravesar un páramo cubierto de nieve:

—¡Qué bien se va así!...

—¿Qué entiende usted por «así?»—la pregunté, acentuando lo mismo que ella el adverbio.

—Acompañada como voy ahora—respondió volviendo á estremecerse un poquitín.—¡Si viera usted qué miedo da andar sola por estas calles, cuando no hay costumbre de eso!... Pensaba yo que tanto daba llegar hasta aquí como hasta los Ultramarinos de enfrente de mi casa, ó al pasamanero de la esquina... ¡Cada vez que pienso lo que pudo haberme sucedido si doy dos pasos más!

—¿Sabe usted, Carmencita, lo que reflexionaba yo mientras la esperaba en el portal de Utrilla?—díjela de pronto.

—¿Á ver?—exclamó la joven, picada de la más viva curiosidad.

—Pues reflexionaba yo que pudo usted muy bien, cuando menos, haberse descalabrado entre las patas de aquel animalazo; y que si tal hubiera acontecido...

—¡Qué horror!

—Pues no, señora; y acaso, acaso me hubiera alegrado de ello.

—Muchas gracias.

—Déjeme usted concluir. Si usted se hu-

biera hecho tanto así de daño—y señalé la punta de la uña del dedo meñique,—hubiera tenido yo derecho para lanzarme sobre el cuadrúpedo; apearse al jinete de un bastonazo, y solfearle después la cara á bofetones...

—¡Justo!—exclamó Carmen estremecida de espanto,—y en seguida el corro de gentes desocupadas, y los guardias municipales, y yo á la botica entre brazos, y usted á la prevención; y mi padre notando mi falta en casa, corriendo en mi busca por esas calles de Dios... y los periódicos dando al otro día cuenta del suceso; y mi nombre... y el de usted, sabe Dios en dónde... y de qué modo. ¡Virgen María!... Pero ¿está usted loco?...

—Creo que tiene usted razón—respondí con la mayor formalidad.—Pero como no todos los días se parecen entre sí, y el condenado temperamento suele también contagiarse de los trastornos meteorológicos, en ocasiones se siente uno más batallador, pongo por caso, que lo de costumbre.

—Vamos—dijo Carmen sonriéndose,—á usted le ha pasado hoy algo grave.

—¿Por qué lo cree usted?

—Porque, ó yo me engaño mucho, ó se halla usted sobrecitado y caviloso... digo, si desde que yo no le veo no le han hecho cambiar de temperamento los aires de Madrid.

—Ni lo uno ni lo otro, Carmencita, sino que somos así los hombres, créame usted... y hágame el favor de no correr tanto, por el amor-de Dios... ¿ó es que ni conmigo se cree usted segura ya?

—Lo que hay es que tengo muchas ganas de llegar á mi casa.

—Justo, porque le molesta á usted la compañía... Muchas gracias, Carmen.

—Lo dicho, hoy no está usted en sus cabales.

—Ni usted tampoco, si á juzgar vamos por las apariencias.

—¿Qué apariencias?

—Ese sobresalto y esa...

—Me parece que después de lo que me ha sucedido, y, sobre todo, de lo que pudo sucederme...

—Pero ahora va usted conmigo, y no hay razón para que tema usted cosa alguna: ¡pues le caía el premio gordo al que se permitiera!... ¿Ve usted?... ya corremos otra vez... Es que parece mentira que con esos piececines se pueda andar tan de prisa... ¡Caramba si son menudos y primorosos!... ¡No, pues las manos!...

—¿Lo ve usted, señor Sánchez?

—Pues porque lo veo lo digo.

—No es eso lo que yo quiero que usted vea,

sino que con razón le decía yo que, ó no está usted hoy bueno, ó ha variado mucho en pocos días. Antes no era usted así tan reparón y tan... ¿me deja usted que se lo llame?

—¡Pues no he de dejarla!

—Tan atrevido.

—¡Atrevido... porque pondero su pie... y su mano?

—Por eso mismo... Antes no se fijaba usted en esas pequeñeces ó, por lo menos, no lo decía.

—¿Y usted prefiere lo de antes?

—Le sentaba á usted mucho mejor. Eso que usted me dice ahora se le ocurre á cualquier estudiantillo desatento.

—Dura es la lección por ser de usted, Carmen; pero sepa usted que la acepto, aun cuando puedo jurar que no la merezco si me la dió por descortés y atrevido á sabiendas; y á lo mío me vuelvo con muchísimo gusto; sobre todo, si así la inspiro á usted más confianza.

—Con ello y sin ello me la inspira usted siempre; sólo que como en materia de gustos es permitido escoger, yo le prefiero á usted tal y como le conocí viniendo de la Montaña... y algunos días después.

—Pues ese soy, y pelillos á la mar; ese mismo con su insipidez...

—No hay nada insípido ni sabroso: todo depende del paladar.

—Con tal que al de usted le supiera yo á mieles...

—¿Otra vez, señor Sánchez?

—¿También por aquí pecho, hija mía? Pues esto no es hablar de los pies ni de las manos de usted.

—Pero al fin son chicoleos de mal gusto, tan impropios de usted como de la ocasión.

Y en esto apretaba más el paso, y yo no sabía ya si dejarla sola ó si acompañarla; si hablarla ó callarme la boca; en fin, cómo la servía mejor. Pero ¿por qué se mostraba Carmen tan escrupulosa en materia de temas de conversación, y tan rigurosa conmigo? La verdad es que meterse uno á protector de una desvalida y comenzar por galantearla, no concordaba gran cosa que digamos. De todas éstas y otras incongruencias tenía la culpa el fachendoso Valenzuela, cuyo recuerdo me crispaba los nervios; pero de este asunto no debía yo hablar con Carmen; y cabalmente era el único de que á la sazón me era posible hablar con oportunidad, abundancia y hasta brillantez. Tan repleto de él estaba.

Sin nuevas discrepancias, llegamos al fin de nuestra breve jornada. En el portal de la casa se detuvo Carmen; volvióse hacia mí,

que no había pasado de los umbrales de la puerta, y me dijo:

—Muchas gracias; mil perdonos por las reprimendas que le he echado á usted en el camino, y que no le sirvan éstas de excusa para dejar de visitarnos á menudo: ¡cuidado si se vende usted caro de un tiempo acá! ¡Ah! no cuente usted el suceso á mi padre.

Respondí lo que podrá verse en cualquier *tratado de urbanidad y buenas costumbres*, y, en señal de despedida, me tendió Carmen la mano. Tal se la apreté con la mía, que si la hija de don Seraffín Balduque no vió en aquel momento las estrellas, no debió de faltarle el canto de una peseta.

Mientras caminaba hacia mi casa, se me agarraron al pensamiento el encuentro con Carmen, su soledad, su azoramiento mientras yo la acompañaba, sus remilgos en los temas de mi conversación con ella, su encargo de que no supiera su padre que había salido sola...

—Y si todo esto fuera una comedia—díjeme de pronto,—¿qué papel ha sido el mío?

Pero como el asunto no me llegaba muy adentro, volví á llenar la memoria con el señor de Valenzuela; y así llegué á casa.

Después de comer poco y de hacer la oposición más tenaz en cuantas conversaciones

se apuntaron en la mesa, volvíme á la calle solo y resuelto á pasar la noche á mi gusto. No había que pensar en las dulces y ordenadas emociones del arte escénico: me faltaba hasta la paciencia necesaria para estar sentado media hora seguida entre gentes de buena educación. Aun el salón de Capellanes que, en su género, era de lo más ordenado y bien regido, me pareció insoportable; por lo cual me fuí á Paul, donde me pasé cuatro horas largas bailando como una bestia, y dando codazos y pisotones á diestro y siniestro.

Acostéme rendido á la una, y me dormí soñando que desde la peña más saliente de la costa vecina á mi lugar, arrojaba de un puntapié á los abismos del mar al señor de Valenzuela y á toda su distinguida familia.



XVIII

ME abrumaba la carga de tristes presentimientos, y era harto crítica mi situación en aquellos días para no sentir, con la necesidad de un consejo desapasionado, la más apremiante de un desahogo de pesadumbres.

La casualidad me presentó una coyuntura favorable, y la aproveché. Hallándome á solas con Matica, le pregunté en crudo:

—¿Qué juicio le merece á usted el señor don Augusto Valenzuela?

—Téngole—me respondió al punto,—por un grandísimo bribón.

—¿Así como suena?—repuse.

—Así como suena,—insistió.

—Por supuesto—añadí sin maldito el propósito de disculpar al personaje manchego,—usted se refiere al estadista, al político, no al...

—¡Qué estadista ni qué niño muerto!—atajóme Matica con su natural desenfado;—me